

En este estado de abandono y conflicto, aun tuvo Buceta el arrojo de desalojar las fuerzas que ocupaban á San Isidro.

No teniendo á quien confiar esta arrojada empresa, se puso él mismo al frente de una compañía y marchó con ella por la escalinata y calle de Cuchilleros, á tomar la espalda del enemigo por la entrada de la Cava Alta; mas sin duda tuvieron aquellas fuerzas noticia del movimiento y huyeron.

En este momento fué cuando Lersundi con las tropas del gobierno entró en la plaza Mayor.

Al regreso de Buceta ya no era posible desalojar al enemigo.

¡Todo estaba ya perdido!

En tan apurado trance ya no le quedaba que hacer al mencionado gefe de la insurreccion mas que salvar la vida.

Espada en mano llegó hasta la alcantarilla de la Cava Baja, y arrojando su arma en ella, siguió la marcha hasta Puerta de Moros.

Allí habia unos dependientes de policia registrando á todos los que pasaban.

Antes de llegar á ellos, se desabrochó enteramente el chaleco, descubrió el pecho, y dirigiéndose á los mismos les invitó á que le registrasen.

No quisieron, y Buceta siguiendo por la calle de San Pedro, bajó á la de Segovia, y media hora despues estaba fuera de Madrid.

Hemos relatado los sucesos políticos de una y otra jornada, á los que hasta ahora no se ha dado publicidad por ningun periódico; y por lo tanto nos ha parecido oportuno hacer de los mismos la presente reseña, aunque no tan circunstanciada como hubiéramos querido.

Sin embargo, tales como quedan consignados acreditan de una

manera evidente que el gobierno careció absolutamente de esa prevision que sus panegiristas le atribuyeron, y que si fracasaron aquellos movimientos fué porque la desgracia siguió los pasos á la sublevacion sin abandonarla un solo instante.

Al terminar la ampliacion de aquellos sucesos, faltariamos á los impulsos de nuestra conciencia, si guardáramos silencio acerca de algunas versiones que circularon y que habian tenido su origen en las columnas de los periódicos ministeriales.

Dijose que Buceta habia hecho fuego al duque de Ahumada; y lejos de ser así la verdad, aquel gefe de la insurreccion no llevaba arma alguna de fuego.

Llegó al cuartel con una carabina inútil, pues le faltaba el pié de gato, y allí mismo la abandonó, empuñando una espada de uno de los oficiales del regimiento de España, que quedaron en calidad de arrestados.

Igualmente aseguraban que en el cuartel se preguntó por los paisanos insurrectos quién era el coronel, y que cuando se supo que era el hermano de Vista-hermosa, se prorumpió en voces de «¡muera! ¡muera!»

Esta es una invectiva que ni aun merece refutarse.

Los treinta individuos que con el mayor arrojo entraron en el cuartel del regimiento de España, conocian todos muy bien, sin esceptuar uno solo, al señor Loigorri; de consiguiente era escusada semejante pregunta.

Igualmente se propaló que se habian invertido cuantiosas sumas en la revolucion.

Tampoco es exacta esta especie.

En la tentativa del 26 de marzo fueron insignificantes los gastos que se hicieron; las pocas armas que sirvieron las compró de



su cuenta un coronel; las municiones fueron costeadas en su mayor parte por los individuos comprometidos; y otro sugeto invirtió siete mil cuatrocientos ochenta y dos reales en gratificar á los individuos de la policia del gobierno que trasladaban las armas y prestaban diferentes é importantes servicios á la revolucion.

Si bien es positivo que para el alzamiento del 7 de mayo se invirtieron mas crecidas sumas, tampoco ascendieron á una gran cantidad, y se empleó en la compra de armas, de las cuales ya se ha dicho que algunas fueron costeadas por particulares, en alquileres de casas para depósito de las mismas, y en gratificaciones á algunos individuos de la policia.

Estas gratificaciones ascendieron á trece mil ciento ochenta reales.

Decíase ademas, que ciertos gefes se habian apropiado los fondos que habian recibido para atender á las urgencias del pronunciamiento.

Los que semejante especie propalaron mintieron como villanos calumniadores.

Deportados posteriormente ó comiendo el acerbo pan del ostracismo en paises extranjeros, tuvieron que ganarse la subsistencia con el sudor de su frente.

El mismo Buceta, que á causa de la malograda tentativa del 7, salió de Madrid, como se acaba de narrar, se hubiera visto impossibilitado de emigrar sin el auxilio de algunos amigos que no le abandonaron en la desgracia; porque lo que habian hecho los que figuraron en primera línea, habia sido sacrificar sus ahorros, como el desgraciado Dominguez, en las aras de la libertad, por cuya santa causa se lanzaron al palenque.

No puede negarse que en las dos tentativas triunfó el gobierno;

pero ¿se ostentó acaso la revolucion en ninguna de ellas con todos sus elementos?

¿Pudo por ventura poner en juego todas las combinaciones proyectadas?

Si así hubiera sucedido, la dictadura hubiese doblado su altiva cerviz.

Si así hubiese sucedido, los hombres que la ejercian hubieran visto precisados á descender de su ominoso predicamento.

Los hombres que ejercian el poder en 1848, no fueron en ninguna de las dos refriegas ni prudentes, ni previsores, ni demostraron ese tino estratégico, ese gran talento militar que se les ha querido atribuir.

Si de inteligencia y prevision estuvieran dotados, si á estas prendas hubieran unido esquisita vigilancia, fácilmente hubieran alcanzado cortar el vuelo á la revolucion y ahogarla antes de que estallára por las calles; pero no lo hicieron porque no supieron hacerlo, porque les faltó prevision para conocer el volcan que ardia bajo sus plantas, porque les faltó inteligencia y habilidad para dar con el hilo de la trama.

¿Cuán pocos triunfos realmente gloriosos habrán alcanzado los que tanto se enorgullecieron por el que fué de una valia sobrado menguada en verdad!

Y conseguida tan decantada victoria ¿qué medidas sábias tomó aquel gran dictador, aquella *cabeza gigante* para que la insurreccion no se reprodujese?

¿Los adelantamientos de la ciencia militar no le ofrecian recursos dignos de un general civilizado?

¿La historia moderna no le ofrecia buenos modelos de ilustrados vencedores y de grandes hombres políticos?



¿A qué seguir las huellas de los déspotas fanáticos de la antigüedad?

A guisa del rey de Judea, que mandó degollar á todos los inocentes para que no se librara de la muerte el divino Redentor, mandó Narvaez, allá en su suprema inteligencia, perseguir y deportar á todos los liberales progresistas, presumiendo que de este modo no se le escaparían los revolucionarios.

Pero Herodes y Narvaez se equivocaron; y así como el niño Jesus no fué víctima del furor del bárbaro rey ascalonita como los demás inocentes, tampoco entre los inocentes que sufrieron la ira del tirano de Madrid se hallaron muchos de los conspiradores á quienes con tanto afán se buscaba.

Verdad es que los admiradores de Narvaez se limitaban á sus hechuras y á los periódicos de su devoción; únicos que encomiaron el talento, la táctica, la prevision de la *cabeza gigante*; pero las palabras de sus satélites... se las llevó el viento, y las páginas de los periódicos apologistas se leyeron un día solo.

La historia imparcial que se leerá siglos y siglos, no podrá menos de calificar á los mandarines de 1848 de tiranos y audaces, favorecidos á la sazón por la caprichosa fortuna.

A pesar de los deplorables resultados que obtuvieron las tentativas de Madrid, no se estinguió el fuego de amor de patria y libertad.

El clamor de España era siempre el mismo, y otro de sus ecos sonó bien pronto en Andalucía.

El 13 de mayo á las nueve y media de la noche ocurrió en Sevilla otra sublevación militar.

Un batallón del regimiento de Guadalajara dió el grito de libertad, y se dirigió al cuartel de caballería, estramuros de la po-

blación, en cuyo punto se le reunió una fuerza respetable de la misma arma.

Entraron en la ciudad y atacaron el principal con el denuedo de hombres libres.

Resistieron mas de un cuarto de hora el fuego enemigo; pero habiendo acudido fuerzas escesivamente superiores en auxilio de los atacados, los insurrectos se vieron obligados á retirarse al barrio de Triana.

La infanta doña Luisa Fernanda, que al saber la insurrección se habia retirado al alcázar, salió disfrazada y se refugió en una casa particular.

Pasados los primeros momentos del peligro, se trasladó con su esposo al vapor *Adriano* que dejó las orillas del río para situarse delante de San Juan de Amalfarache.

Después de una corta permanencia en Triana, salieron los sublevados con dirección á Huelva.

El capitán general de aquel distrito militar les persiguió á la cabeza de una columna compuesta de doscientos infantes de Leon, ciento treinta caballos del Infante y seis piezas de artillería de montaña; pero antes de su salida declaró á la capital en estado de sitio, y creó un Consejo de guerra permanente, á cuyo fallo sujetó toda clase de delitos.

El gefe político no quiso mostrarse menos celoso, y secundó á la autoridad militar prohibiendo no solo la impresión de periódicos, sino la circulación de los que se recibían de fuera.

La columna del general Schelly alcanzó á las tropas insurrectas en Sanlúcar la Mayor, tres leguas de Sevilla.

Los sublevados pasaron el río tomando el camino de Manzanilla.



Schelly regresó á la capital , escitado por los temores del gefe político.

De Cádiz, de Huelva, de Granada y de Estremadura , salieron tropas en persecucion de los sublevados ; mas á pesar de tanta actividad y de tanto concurso para su captura ó completo esterminio, nada consiguieron, como deja comprender el siguiente parte, dado por Schelly que habia salido segunda vez de Sevilla , al ministro de la Guerra :

«Capitanía general de Andalucía. = Estado Mayor. = Excelente señor: En este momento que son las doce del dia, acabo de llegar á este punto en persecucion de los sublevados, los cuales he llegado á saber por varios soldados de infanteria y caballeria que he logrado alcanzar , y por otros que se han presentado y que han abandonado á sus compañeros en la misma raya , que aquellos ya pisan el territorio portugués; bajo este concepto , en este momento oficio al comandante general de la octava division portuguesa y al gobernador militar de Monova , manifestándoles que el coronel gefe de Estado Mayor don José Ignacio de la Puente pasa á aquel reino , con objeto de recoger los efectos de guerra.

«Solo han entrado en Portugal llevándome tres horas de ventaja , y cuando empezaba á apoderarme de los rezagados, por lo cual podrá V. E. apreciar lo activa que ha sido la persecucion que les he hecho, pues hace 48 horas que salí de Sevilla.

«El comandante general de esta provincia queda en este punto para hacer todas las reclamaciones convenientes, y desde luego hago yo tambien la de internacion á 15 leguas de la frontera á los sublevados, como lo están en este distrito los portugueses, y tan luego como descanse cuatro horas , con unos cuantos caballos em-

prendo mi marcha para Sevilla , desde donde daré á V. E. conocimiento de todo cuanto ha ocurrido por estenso y detalladamente desde la noche del 13. = Dios guarde , etc. = Puebla de Guzman 18 de mayo de 1848. = Ricardo Schelly.»

Un anciano, sargento graduado de oficial, llamado don Carlos Sanz, complicado en los sucesos de Sevilla, fué sentenciado por el Consejo de guerra á ser pasado por las armas: los redactores de los periódicos de aquella capital y varias personas respetables intercedieron con la infanta para que con su influjo hiciese suspender la sangrienta ejecucion hasta impetrar de S. M. el indulto del desgraciado: así se verificó alcanzando despues la gracia de la reina.

Efectivamente el desarme de los sublevados se verificó en Portugal remitiendo las autoridades del vecino reino todos los efectos de guerra, municiones, caballos y mulas al gobierno español y haciendo internar á los insurrectos como lo habia pedido el capitán general de Sevilla: aquella sublevacion tambien tenia otras ramificaciones que no correspondieron á la voz de alarma.

Triste cosa es por cierto que no se miren con el honor que se debe los compromisos que se contraen, los juramentos que se prestan entre correligionarios, entre hermanos, puede decirse; esta falta es mucho mas punible que el crimen mas horrendo; ella trae muchas veces funestísimos y deplorables resultados.

. . . . .

No hubieran triunfado los opresores si la Milicia nacional hubiera estado armada.

La Milicia nacional no puede transijir con la tiranía, y por

*R. Schelly*



esta razon los enemigos de la libertad la han calumniado siempre.

No han bastado nunca para imponer silencio á sus detractores, ni la historia de sus gloriosos hechos, ni su amor al orden, su denuedo y acreditada sensatez.

Pero la Milicia ciudadana es el pueblo armado, y el pueblo no debe tolerar que sus gobernantes le opriman.

No lo dudeis, españoles, los que no son amantes de la Milicia nacional, son los seides de la opresion; los que desconfian de la Milicia nacional, nunca han sido liberales; los que atacan los derechos de la Milicia nacional; son traidores.

Espartero que con razon se envanece de pertenecer á ella, no debe consentir jamás que se la humille y degrade.

Hé aquí por qué los enemigos de la libertad odian á la fuerza ciudadana y crean en su lugar numerosos ejércitos.

Los tiranos jamás pueden sostenerse por el amor de los pueblos, porque los pueblos no aman á quien les veja y oprime.

El dictador de aquellos aciagos tiempos contaba con el desarme de la Milicia nacional, y con las bayonetas de un ejército de cien mil hombres.

¿Es justo que pague el pueblo doscientos ochenta millones para la manutencion de una fuerza, sin la cual no puede subsistir la tiranía?

Vamos á dar solucion á este problema.



## CAPITULO XIX.

### LA CONTRIBUCION DE SANGRE.

El gobierno que no sabe sostenerse por el amor y contentamiento de los gobernados, no es buen gobierno.

El pueblo que, merced á la sabiduría de probos gobernantes, vé abierta ante sus pasos una senda de gloria y prosperidad, la sigue satisfecho sin acordarse de los hombres que dirigen los negocios públicos, mas que para colmarles de elogios y bendiciones.

En este caso son imposibles las conmociones populares, porque el pueblo no se rebela nunca contra los que le gobiernan bien; y si alguna parcialidad ambiciosa se subleva, sin mas objeto que satisfacer venganzas personales ó escalar el poder con intenciones bastardas, queda al momento ahogada por el solo aliento de la indignacion general, así como se levantaria la nacion en masa contra el extranjero invasor que intentára arrebatarle la santa libertad, fuente inagotable de cuantos bienes atesora el pueblo que no dobla su cerviz al ominoso yugo de la tiranía.